

hermosura, grande con su grandeza, gloriosa con su gloria, y feliz con su propia felicidad. Tal es la perfecta semejanza del alma bienaventurada con Dios: pasemos ahora á considerar los efectos de ella.

2. En primer lugar, asimilarse á Dios, espíritu comprensor, de una manera tan íntima y perfecta, no es otra cosa que poseerlo como se está poseído por él; de manera, que el misterio de la gloria se compendia todo en aquel pasaje de los *Cantares* donde la Esposa dice á su divino Esposo: Conforme yo soy toda de mi amado, mi amado es todo mio: *Dilectus meus mihi, et ego illi*. CANT. II. Dios, como sumo bien, contiene en sí todos los bienes; luego, comunicando al alma todo su sér, le comunica su misma luz, su misma vida, y, en una palabra, la hace dueña de todos los bienes que de él proceden. Pero, ¿cuáles y cuántos son estos bienes? Ni yo sabré explicarlo, ni vosotros acertaríais á comprenderme; limitémonos, pues, á indicar dos solos de ellos, esto es: la paz, y el gozo, de que se hace frecuente mencion en la Escritura, y de los cuales, en cierto modo, podemos formarnos alguna idea. Uno de los mayores bienes, que en esta vida miserable disfruta el alma en gracia, es la paz de Dios, es decir, aquel descanso interior de afectos, aquella calma del corazón, tan grata, blanda é inefable, que, en expresion de S. Pablo, y segun la experiencia acredita, excede á los placeres más vivos é intensos, haciendo tener por vil todo deleite sensual y todo recreo mundano: *Pax Dei quæ exsuperat omnem sensum*. PHILIP. IV. Y no son solo las almas santificadas y perfectas, sino aun las pecadoras, luego de haber sinceramente confesado sus pecados, las que participan de esta paz divina; de suerte, que las lágrimas arrancadas por la contricion verdadera de un corazón humillado y pesaroso á los piés de Jesús crucificado, son mucho más dulces y exquisitas que todos los falsos placeres del mundo. Esta paz, pues, que el alma justificada disfruta, que le indemniza de la privacion de los bienes sensibles, y sin la cual todos ellos de nada sirven para tranquilizar y hacer feliz el corazón; esta paz, tan santa, tan pura, tan sabrosa y exquisita, que el alma fiel siente en la tierra, es apenas el comienzo y la muestra de aquella inefable apacibilidad, que la asimilacion y la posesion de Dios dejan experimentar en el cielo, siendo la participacion de la apacibilidad y tranquilidad infinitas, que goza la misma naturaleza infinita. Apenas el alma escogida salve los umbrales de la mansion celeste, sentirá precipitarse á su seno desde el trono de Dios, á quien contemplará y poseerá, y en quien será trasformada, torrentes de paz, experimentando un reposo, una calma tan nueva, dulce y perfecta, que solo por ella se llamará mil veces bienaventurada. ¡Oh re-

poso del alma! ¡oh paz santa, paz sólida, paz sincera y perfecta, que el mundo busca sin encontrarla, y promete sin concederla; yo, por fin, te encontré! De aquí se hallan desterradas las tristezas secretas, los recuerdos importunos, las reflexiones molestas, los temores angustiosos y los remordimientos punzantes, que en el mundo acibarán los mayores placeres, y hacen á los hombres infelices en brazos de la misma felicidad. ¡Qué silencio tan grande de las pasiones, qué calma de deseos, y qué reposo de afectos experimento en este instante! Sin remordimientos de lo pasado, sin angustias de lo presente, sin cuidados de lo porvenir, siento que mi corazón no gusta ya solo de lábio la paz del Señor, antes posee toda su plenitud y encanto, y con la más cabal confianza se abandona y entrega á ella.

A esta dulcísima é inagotable paz va unido aquello que la teología, con una expresion evangélica, llama *gozo*, efecto tambien de la residencia de Dios en el alma, y de la trasformacion del alma en Dios; pues así como la separacion de él hace experimentar al réprobo en el infierno un dolor agudísimo é incomprensible, de igual manera, la union, asimilacion y trasformacion en Dios hace experimentar al elegido en la verdadera Jerusalem una dicha, una felicidad y un gozo inmenso tambien, é incomprensible. Veamos, por analogía, lo que sucede á aquellas almas heróicas, que, cerrándose al mundo sensible con todo lo que contiene, y empezando por medio de un amor ferviente á adquirir aquella dichosa semejanza, admirable efecto de la gracia, que las hace vivir en Dios y con Dios, comienzan á experimentar por anticipado la felicidad del cielo: ¡felices momentos, que es imposible pintar! Un rayo benéfico de la eterna luz despeja su entendimiento con purísimos resplandores, dejándole entrever algunos rasgos de la belleza infinita. La voz del amado resuena con suavísimo acento en los oídos de su corazón; el que responde con ardientes suspiros, con tiernos afectos, con vivos trasportes, con plácidos cánticos y con quejas amorosas sobre la prolongacion de su destierro. Siente entónces en lo profundo de su espíritu una agitacion repentina, que en honda conmocion le desprende, le eleva sobre sí mismo; le apasiona, enciende é inflama; y como fuera de sí, desea precipitarse en el seno de Dios, que se le muestra á lo léjos, atrayéndole con las cadenas del más tierno amor. Todos los sentidos pierden su natural gravedad, oponiendo apenas una ligera resistencia á los ímpetus del espíritu; de aquí, los dulces deliquios, los prolongados éxtasis, los raptos sublimes, las elevaciones y la fuerte operacion de las potencias de Dios, que quitan á aquella alma hasta el conocimiento de sí misma; y miéntras la imaginacion absorta se fija,

y la mente arrebatada contempla, es tal la abundancia de consuelos, de dulzura celestial y de suavidad misteriosa que inunda el espíritu, que ya no distinguen aquellos seres afortunados, si se hallan en el cielo, ó en la tierra; en el cuerpo, ó fuera de él; hasta el punto de que, siendo incapaces de sufrir el exceso de tanto gozo, se ven obligados á exclamar como un S. Francisco Javier, ó una Sta. Teresa de Jesús: « ¡Basta, Señor, basta ya de delicias! »

Ahora bien: si tales son los consuelos y tal el gozo, que el amor imperfecto del sumo Bien algunas veces hace experimentar, aun en este destierro; ¿cuáles serán los que el mismo amor perfecto haga experimentar en la patria suspirada! Si la divina Bondad trata de esta suerte á los viadores en la tierra; ¿de qué manera recompensará á los comprensos en el cielo? Solamente el Espíritu Santo, espíritu de sabiduría y de luz, que el Padre de la gloria envía de vez en cuando á la tierra, puede dar alguna idea de la riqueza, de la gloria, de la copia y profusion del gozo reservado como herencia en el cielo á los elegidos. Detengámonos un instante á considerar las inefables cualidades que de él nos reveló Jesucristo, autor y consumidor del mismo gozo.

Dicenos, en primer lugar, que el gozo en el cielo es pleno y perfecto: *Ut gaudium vestrum sit plenum*, JOAN. XV; expresion sencilla, pero cuya extension y profundidad no hay entendimiento humano que pueda comprenderlas; pues *gozo pleno* significa posesion entera, perfecta y simultánea de todos los deleites, de todos los placeres, de todas las delicias y de todos los bienes que el alma puede apetecer. Nuestro corazon es inmenso en sus deseos, y ningun bien finito le cumple; solo en el cielo, poseyendo á Aquél, que todo lo posee, conteniendo á Aquél, que todo lo contiene, y lleno de Aquél, que todo lo llenará, goza de una felicidad sin tasa, superior á su propio afán, y de consiguiente, más plena y perfecta de lo que pudiera desear. Y esta plenitud del gozo celeste difiere de la plenitud de los terrenos en que éstos causan hastío; al paso, que Aquél, por un misterio singular, sobre satisfacer todos los deseos del alma bienaventurada, excita cada vez más su actividad y ardor. ¿Qué gozo tan nuevo sienta? dirá el alma venturosa: á la par que poseo cuanto anhelo, no ceso de desear lo que poseo! Aunque completamente satisfecha de la gloria y de la felicidad de mi Dios, que es mio, cuanto más me gozo y recreo en él, mayor es la hambre y sed de gozarle y recrearme otra vez; y cuanto más satisfechas quedan esta hambre y sed, mayores se hacen y más acrecen en mí; y como ni la una ni la otra son hijas de la necesidad, no me causan tormento; al paso, que la sacie-

dad, no procediendo de hartura, tampoco me causa hastío. Mi gozo es siempre perfecto y siempre vario, siempre antiguo y siempre nuevo.

La segunda cualidad del gozo celeste revelada por Jesucristo es, que su medida consiste en no tener medida. Corre con tal impetu y en tanta abundancia el torrente de los deleites, que el corazon es incapaz de abarcarlos en su plenitud. Así es, que, en primer lugar, inunda el espíritu, introduciéndose en todas sus potencias, y penetrándole en sus receptáculos más secretos y en sus fibras más sutiles, á la manera que el agua penetra las partes más íntimas de una esponja empapada en ella; seguidamente engendra en él un sentimiento exquisito de delicia y contento tal, que no puede decir sienta gozo, sino que es el mismo gozo viviente y personificado; por último, hace rebosar este gozo á su exterior, le viste de él, le ciñe, cubre é inunda.

La tercera y más importante cualidad del gozo del cielo, segun nos dice Jesucristo, es; que despues de haber el alma entrado en posesion de él, no puede perderlo, ni por nadie puede serle arrebatado; pues aunque sea inmensa la felicidad del cielo, dejaria de ser verdadera á no ser imprescriptible, eterna é inmortal. La sola idea, el solo temor, aun cuando fuese remoto, de que esta felicidad pudiese acabar algun dia, haria más infelices á los santos, que el placer de su goce los hace felices. Así, pues, miéntras la felicidad en la tierra es un estado anormal, una eventualidad pasajera, una variacion furtiva, que por breves instantes suspende la monotonía de los disgustos y amarguras de la vida; en el cielo es una situacion inalterable, un estado propio, permanente y eterno, y, por lo mismo, perfectísimo.

La sucesion de los siglos no ha de alterar el gozo de los santos: por muchísimos años que trascurren, léjos de disminuir en intensidad, renacerá continuamente con un placer siempre nuevo; acabando solo para recomenzar, y recomenzando para nunca más finir; sin que accidente alguno pueda aminorar su perfeccion, tiempo alguno acortar su duracion, ó rival alguno disputar su posesion; pues la felicidad del cielo es una vida siempre viva, un gozo siempre inmortal, en que la eternidad de los placeres y los placeres de la eternidad reunidos, se gozan incesantemente y para siempre. Dominado se hallaba S. Pablo de este grande pensamiento, cuando decia con entusiasmo: Seremos arrebatados con Jesucristo en los aires, pasaremos las nubes, y entraremos en la atmósfera de Dios, y estaremos *siempre* con Dios: *Simul rapiemur in nubibus obviam Christo in aera; et sic*

semper cum Domino erimus. I. TESS. IV. ¡Cuánta dulzura y consuelos encierran estas palabras: «¡Dios estará siempre con nosotros, y nosotros estaremos siempre con Dios!» Al fin, repetirá el alma, al fin poseo á este amado de mi corazón, como soy poseída de él; y no solo lo poseo entero, sino que lo poseo para siempre; de suerte, que ya no puede huirme. ¡Dichosos aquellos que, verdaderos sábios, verdaderos filósofos, por haber servido y amado á Dios en la tierra, son admitidos á habitar en su celeste mansion!

Levantémosnos, pues, hermanos míos, de esta baja region de sensualidad, de ilusion y de falacia, y fijemos nuestros pensamientos y afectos en la dichosa morada de los espíritus y de la verdad, do existen los verdaderos goces. La tierra es lugar de trabajos; el cielo lo es de reposo: en aquélla se granjean méritos; en éste se encuentra la recompensa: la primera es el campo de batalla; el segundo, la corte donde se reciben las coronas: la tierra es region de llanto; solo en el cielo está la verdadera alegría: la tierra es lugar de destierro; solo en el cielo está la patria. Cuando la miseria nos acose, nos aflijan las enfermedades, nos sobrevengan las tribulaciones, nos persiga la calumnia, nos oprima la injusticia, y el mundo nos olvide y desprecie á causa de nuestra humildad, de nuestro pudor, de nuestra justicia y de nuestra piedad, consolémonos, diciendo: Mi padre, que es el mismo Dios, Jesucristo, que es dueño y Señor del mundo, vendrán un día, tierno Padre y Salvador amoroso, á sacarme de este valle de lágrimas para conducirme á la patria del cielo, y convertir mi pobreza en riqueza, mis penas en gozo, y mis humillaciones en gloria, dándome parte de su misma grandeza y de su misma felicidad. Esto es lo que os deseo.

DIVISIONES.

CIELO.—Es un reino que hay que conquistar, combatiendo con nuestras pasiones.

Es una heredad que hay que merecer, haciéndose agradables á Jesucristo.

Es un centro donde hay que elevarse por el peso de nuestros méritos.

CIELO.—Es un lugar de gloria donde no podemos entrar sino por la humildad.

Es un lugar donde no podemos llegar sino por el amor de la pobreza.

Es un lugar de delicias donde debe conducirnos la penitencia.

CIELO.—No hay que esperar el paraíso del cielo, cuando uno quiere hacer su paraíso en la tierra.

No hay que desviarse del camino estrecho, cuando uno no quiere desviarse del camino del paraíso.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ego protector tuus sum, et merces tua magna nimis. GEN. XV, 1.

Adimplebis me lætitia tua cum vultu tuo. PSALM. XV, 11.

Satiabor cum apparuerit gloria tua. PSALM. XVI, 15.

Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos. Quoniam apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lumen. PSALM. XXXV, 9 ET 10.

Non esurient, neque sicient, et non percutiet eos æstus et sol, quia miserator eorum reget eos, et ad fontes aquarum potabit eos. ISAI. XLIX, 10.

Fulgebunt justi, et tamquam scintille in arundineto discurrunt; judicabunt nationes et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum. SAP. III, 7.

Justi in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideo accipient regnum de-

Yo soy tu protector, y tu galardón sobremanera grande.

Me colmarás de gozo con la vista de tu divino rostro.

Quedaré plenamente saciado, cuando se me manifestará tu gloria.

Quedarán embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias: porque en ti está la fuente del vivir, y en tu luz veremos la luz.

No padecerán hambre ni sed, ni el ardor del sol los ofenderá, porque aquel Señor, que usa de tanta misericordia para con ellos, los conducirá y los llevará á beber en los manantiales de las aguas.

Brillarán los justos como el sol; y como centellas que discurren por un cañaveral, juzgarán á las naciones y señorearán á los pueblos; y el Señor reinará con ellos eternamente.

Los justos vivirán eternamente, y su galardón está en el Señor. Por tanto, recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria, y

coris, et diadema speciei de manu Domini. IDEM V, 16 ET 17.

Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis. MATTH. V, 12.

Tunc fulgebunt sicut sol in regno Patris eorum. IDEM XIII, 43.

Euge serve bone, et fidelis..... intra in gaudium Domini tui. IDEM IBID. 21.

Videmus nunc per speculum in aenigmate, tunc autem facie ad faciem. I. CORINT. XIII, 12.

Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum. IDEM II, 9.

Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est. I. JOANN. III, 2.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Léese en el libro de los Números, que vueltos los doce varones, que habian inspeccionado la tierra de promision, el pueblo se enardeció por poseerla; y Caleb, uno de los exploradores, lleno de entusiasmo, exclamó: *Ascendamus, et possideamus terram, quoniam poterimus obtinere eam*: porque tenia puesta toda su confianza en el poder del Señor; pero la mayor parte de los que habian ido á inspeccionarla, hicieron decaer los ánimos de la muchedumbre, presentando como invencibles sus moradores. Lo mismo hace el demonio para obstruir á las almas la entrada en el cielo é impedirles su posesion: presenta con exageracion lo mucho que se ha de padecer en esta vida, la dificultad de vencer las pasiones, etc.; valiéndose, á este fin, más de sus ministros los escandalosos, que de sus propias sugerencias. (Núm. 13.)

Otra de las figuras magnificas de la gloria del cielo es el gran

una brillante diadema.

Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.

Al mismo tiempo (los justos) resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.

Muy bien, siervo bueno y leal; ven á tomar parte en el gozo de tu Señor.

Al presente no vemos á Dios sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entónces le veremos cara á cara.

Ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento, cuales cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman.

Sabemos, sí, que cuando se manifestáre claramente Jesucristo, seremos semejantes á él en la gloria, porque le veremos como él es.

banquete que celebró Asuero con sus cortesanos y con todo el pueblo por espacio de seis meses; la Escritura nos presenta, á veces, la gloria que Dios dá á sus santos, bajo el símbolo de un régio y eterno banquete, como en el cap. 2 del Apocalipsis, en el 12 y 22 de S. Lucas, y en otros lugares.

La admiracion y pasmo de la reina de Sabá, al oír la sabiduría de Salomon y al ver el orden admirable de toda su casa, puede darnos tambien una idea del delicioso pasmo que embargará eternamente en el cielo á los bienaventurados, al contemplar las inmensas riquezas, la infinita sabiduría, y demás atributos del divino Salomon. III. REG. X.

La trasfiguracion de Jesucristo nos dá una débil idea de la paz y dulzura que reina en aquella gloriosa mansion del cielo. MATTH. XVII.

La gloria y resplandor de Jesucristo resucitado es otra prenda, como dicen los santos Padres, de la gloria y felicidad que nos tiene Dios reservada en aquella region de la inmortalidad.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Qualis illa caelestium regnorum voluptas, sine timore moriendi, et cum aeternitate vivendi; quam summa et perpetua felicitas! SAN CIPRIAN. LIB. DE MORTAL.

¡Qué feliz ha de ser la posesion del reino de los cielos, en donde no hay el temor de la muerte, sino la certeza de una vida eterna! ¡Qué dicha tan grande y constante!

Quid hoc bono melius, quid hac felicitate felicius, vivere Deo, vivere de Deo? S. AMBROS. LIB. DE OFFIC.

¿Qué puede haber de mejor que este bien, dónde mayor dicha que la de vivir eternamente para Dios y vivir de la vida de Dios?

Quotiescumque te vana saeculi delectaverit ambitio, quoties in mundo videris aliquid gloriosum; ad paradysum mente transgredere, esse incipe quod futura es. SAN HIERON. EP. XXII, AD EUSTOCH.

Siempre que te halagáre la vana ambicion del siglo, siempre que el mundo te ofreciere un espectáculo de gloria, transporta tu pensamiento al cielo, para acostumbarte á aquella felicidad que has de poseer.

Haereditas Christi qua cohæredes sumus, non minuitur copia possessorum, nec fit angustior numerositate cohæredum; sed tanta est multis, quanta paucis; tanta

La herencia de Jesucristo, á la cual todos tenemos derecho, no queda mermada por la muchedumbre de los que la poseen, ni queda limitada por el crecido nú-

singulis, quanta omnibus. S. AGUS.
IN PSALM. XLIX.

Ipse finis est desideriorum nostrorum, qui sine fine videbitur, sine fastidio amabilis, sine fatigatione laudabitur. IDEM DE CIVIT. DEI, LIB. XX, CAP. 50.

Ecce venale est regnum Dei, eme si vis, tantum valet, quantum habes. Noli querere quod habes, sed qualis sis; res ista valet tantum, quantum es tu. IDEM LIB. DE SPIR. ET ANIM.

Si considerentur quæ nobis promittuntur in cælis, vilescunt animo omnia quæ habentur in terris: terrena namque substantia, superne felicitati comparata, pondus est, non subsidium. S. GREGOR. HOM. XXXVII, IN EVANG.

Véase: BIENAVENTURANZA.—FELICIDAD.—GLORIA.

mero de los coherederos; pues tan grande es para muchos, como para pocos; tan grande para uno solo, como para todos juntos.

El mismo (Dios) es allí el último término de nuestros deseos; pues le veremos eternamente, le amaremos sin fastidio, le alabaremos sin cansarnos.

El reino del cielo está en almoneda; si quieres, puedes comprarlo: vale todo cuanto tienes. No examines, empero, lo que tienes, sino que tal eres; pues este tesoro vale tanto como tú mismo.

Si consideramos los bienes que se nos prometen en el cielo, fastidio nos causan las cosas de la tierra; por cuanto estos bienes temporales, comparados con los del cielo, son más bien un peso que un alivio.

CIENCIA.

I.

Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.

En vuestro saber, no os levanteis más alto de lo que debéis, sino conteneos dentro de los límites de la moderación.

(Rom. XII, 3.)

La ciencia es la aspiración más propia del hombre. Por lo mismo que es un sér inteligente, la ciencia le atrae: la ciencia es su condición; la ciencia es su vida; la ciencia es su sueño. En nuestros días todo el mundo habla de ciencia, todos pretenden conocerla; y se proclama y exagera tanto el carácter científico de nuestra época, como si el mundo sábio se viese enriquecido, no diré cada año ó cada mes, sino cada semana, y aun cada día, con producciones literarias, que compiten y exceden á las que nos han trasmitido los siglos, que calificamos de bárbaros, porque fueron bastante modestos para no darse á sí mismos, como lo hace el nuestro, el dictado de ilustrados ó sábios. Sin embargo, preciso es confesarlo: la ciencia, en la universal acepción de esta palabra, anda en el día muy escasa. Es verdad, que se cultivan muchos ramos de la ciencia, que se adquieren conocimientos especiales, que se realizan adelantos trascendentales, que se investigan fenómenos curiosos, todo esto es cierto; pero no lo es ménos, que nos falta la ciencia del orden, la ciencia de las relaciones, la ciencia más importante, la ciencia propiamente dicha. ¿Dónde están las obras profundamente científicas de nuestro siglo? Todos los días salen á luz multitud de obras; leedlas, y vereis á cuán pocas corresponde la citada calificación; leedlas, y hallareis que la verdad, lo mismo que el error, las teorías razonables como las absurdas, los más opuestos extremos, las más irreconciliables doctrinas, todo pretende apoyarse en la ciencia; y siendo imposible que la ciencia sumi-